

Las fronteras



Antes de mudarme a la Ciudad de México vivía en Silbarrio angelino donde crecí y que ahora aloja a una de gays, mexicanos, asiáticos de varias nacionalidades familias blancas y yuppies y una muchedumbre de ve bisexuales tatuados, perforados y generalmente fasc cualquier moda exótica o primitiva, o las dos cosas lugar me siento en casa es ahí, probablemente.

Pero encuentro también que me siento como en casa Ciudad de México, la aglomeración urbana más grande del mundo -descrita p fotógrafo Pablo Ortiz Monasterio como La última ciudad-, donde viví en la colonia Condesa, emparentada un poco con el distrito de Silver Lake por s gays, judíos y una variedad de mexicanos blancos, parejas de jóvenes yupp: muchedumbre de veinteañeros bisexuales, tatuados, perforados y generalmer cualquier moda exótica o primitiva, o por las dos cosas (a esta lista deb de semana, una multitud de familias jóvenes, humildes, de origen indio er incluyendo abuelas, padres y madres, numerosos niños, así como bandas de igualmente pobres en diferentes etapas de la rebeldía -heavymetaleros, p tardíos, etc.,- cruzan por la avenida Veracruz para visitar alguno de los hermosos de la Ciudad de México).

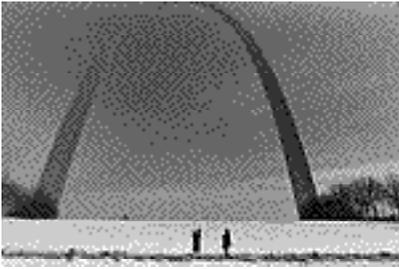
Es en lugares como éstos donde me siento en casa, y actualmente hay much las fronteras. Y por "fronteras" quiero decir la región por la que he via: medio: la mejor parte de los Estados Unidos y México, tan lejos al sur co norte como Wisconsin.



El libro que estoy escribiendo trata de indios, pentecost sexuales de varias tendencias, niños de la calle, brujas y clases. En realidad, y aunque yo no soy ninguno de éstos, ellos tanto tiempo como para saber que prefiero su compañ: parejas de yuppies, y esto dice algo sobre quién soy. Esta ellos, en el sentido más amplio, son migrantes: han empac abandonado un hogar por otro -en varios planos: físico, se cultural, espiritual- o se encuentran aún en tránsito.

Los migrantes desarrollan a menudo una conciencia múltip por lo mismo poseen personalidades muy dinámicas; son capaces de cosas g veces terribles. Los "nativos" de los Estados Unidos quieren ver únicamen migrantes, en el mejor de los casos, son usurpadores ("¡nos están roband o, en el peor, como criminales llanos y puros. Y, por supuesto, son ilegal después de todo, los migrantes han roto con una serie de códigos legales

con aquellos vigentes en la cultura "legal". Para mí son forajidos en el leyes que han violado son, en mi opinión, hipócritas y corruptas hasta la



Escribo sobre ellos porque, quienquiera que seas que estés, no importa tu opinión sobre los "ilegales" conozcas a esta gente. Creo que ellos tienen algo que todos nosotros. Raras veces su voz se escucha en los nuestros debates políticos y culturales, lo que me extraña, ya que ellos han estado en el mismo centro de debates políticos y culturales.

Así es, las discusiones sobre los "migrantes" de los que escribo, en México y los Estados Unidos, son siempre exaltadas. No pretendo discutir sobre la naturaleza política de la discusión ni intento que este proyecto sea un debate político en particular, excepto, claro, el del inmediato desmantelamiento de las cosas en todas partes.



Más que nada, quiero escribir en torno a una cultura que trasciende los límites de las patrullas frontaliaras de libre comercio (y que, en parte, ha surgido gracias a una cultura que deposita la música y la leyenda del gran asesinado, Tupac Shakur, en la meseta purépecha de las festividades indígenas de Michoacán en las principales avenidas de los pequeños pueblos del medio oeste; una cultura que arroja a los católicos en medio de tribus espiñoleras que hablan en lenguas y que provoca que sajones bugas deseen con vehemencia a los mexicanos; una cultura que destruye la anquilosada estructura de los blancos-negros de derechos civiles estadounidense y presagia el fin del dominio absoluto de la cultura mexicana; una cultura que globaliza lo mejor y lo peor de todos nuestros mundos para ver el mundo.

Escribo de las fronteras, de la vida y de la muerte en las tierras fronterizas. La frontera, o, si lo prefieres, de la posfrontera, es mucho más que un fenómeno de una zona geográfica, escribo de un espacio cultural creado por fuerzas que trascienden la misma, sino parte de una evolución a una escala mayor: global, por



Quizá lo que estamos presenciando es, en el contexto de la historia de las Américas, tan sólo el continuo proceso descrito originalmente como la fusión de las sangres europea e india que dio origen a los pueblos mestizos que conforman la mayoría de la población latinoamericana. El mestizaje, al contrario de la asimilación que subyace al inglés "melting pot" (crisol de razas), ha permitido que la cultura india no se haya convertido solamente en una referencia sino en un legado perdurable y en continua evolución. Del mismo modo, per

adopción de nuevas influencias sin poner en peligro las raíces históricas sin final; es la versión cultural del movimiento perpetuo, no en el aspecto práctica.



Los mexicanos nunca olvidan; los gringos nunca recuerdan" proverbio que captura un poco de una verdad cultural en la que perciben las cosas desde ambos lados de la frontera. El espacio intermedio donde el futuro no aniquila necesariamente sino en el cual los dos se alternan en el presente. Salgo al departamento en la Ciudad de México y escucho a los ubicuos callejeros tocando canciones de la época de la Revolución; en la esquina hay una tienda de videos donde niños de rasgos indígenas a los tipos malos en trajes de ninjas. En la meseta parabólica dirigida al cielo capta las imágenes de los Xantales celebraciones indígenas se realizan aún casi como se hacían cuando llegaron los conquistadores.

En la medida en que el norte y el sur se reúnen en una extensa frontera, se enfrentan y se combinan. El norte brinda su optimismo, algo que el sur necesita desesperadamente; a cambio, el sur aporta una nueva manera de ver el desajuste de las culturas. Creo que el mestizaje está más cerca de la experiencia de los Estados Unidos ("crisol de razas" o que la idea, más contemporánea y políticamente correcta y no nacionalista), de las culturas en esa nación como un "chunky stew" (es de mezcla).



Los estadounidenses (de todas las razas y grupos étnicos) aunque a menudo tratan de negarlo, también se están convirtiendo en mestizos. Asímate a los cuartos de los adolescentes blancos, amarillos o morenos; obreros, de clase media o alta; fíjate en lo que oyen en sus estéreos. Escucharás, entre otras, tonadas de una banda llamada Sublime, cuyo cantante principal, Nowell, ya fallecido, cantaba canciones salpicadas con ritmos reggae (Nowell era un surfista rubio de Long Beach, California). (Recuerdo que antes se llamaba Prince" tocando una sesión de salsa tan caliente con Side el lunes por la noche. O a Beck, iconoclasta genio del pop cuyo primer álbum fue "Odelay porque, nos cuenta, es así como los chavos blancos -como él- pronuncian una interjección mexicana "¡órale!" Beck, nos cuenta, tiene un padrastro que



La población estadounidense se ha pensado siempre como un pueblo en movimiento, y lo mismo piensan tanto admiradores como sus detractores. Durante dos siglos norteamericanos han cruzado esta tierra del este al oeste en el sueño del Destino Manifiesto, sometiendo una frontera tras otra. Por supuesto, muchos de los que se llaman a sí mismos "americanos" se encontraron, a lo largo de la historia, en situaciones parecidas a las de los migrantes de México: de la persecución religiosa, de la guerra civil, de la pobreza y la esclavitud, de haber dado el lujo, desde luego, de merodear por todo el mundo no sólo como aventureros sino como portadores de la política del Big Stick (el Gran Garrote); México, por ejemplo, ha sido muchas ocasiones por los gringos. Los Estados Unidos: el imperio del bien y del mal, el lugar donde se ama y se odia y al que, de mala gana, se respeta y teme, como a cualquier potencia.

Los mexicanos, sin embargo, nunca fueron vistos, desde la perspectiva de un pueblo en movimiento sino como un pueblo atascado en el tiempo, visto a través de la lente del místico y dócil (el estereotipo del indio) o como los representantes del legado de la herencia del colonialismo europeo y la adopción de su estilo por las élites. Desde la época de la Revolución hasta nuestros días, los mexicanos han sido vistos como un pueblo en movimiento.



Algunos de nosotros somos viajeros mucho antes de haber nacido: las tribus nómadas de América del Norte, como los purépechas, acurrucados en una abrupta zona montañosa han tenido, desde siempre, el concepto de migración como parte de su identidad regional. Su nombre significa "pueblo que migra". Algunos círculos antropológicos se especulan que los purépechas podrían estar emparentados con los incas del Perú; estos dos pueblos guardan semejanzas significativas. Algunos motociclistas incas decidieron vagar por el continente hace siglos y llegaron a Michoacán y se embelesaron con sus paisajes volcánicos, el mar de Pátzcuaro, los enjambres de mariposas monarca flotando en la brisa templada. No sería una coincidencia que en la actualidad los purépechas tengan fama en los Estados Unidos por su tenacidad como wetbacks; han estado migrando hacia Pensilvania e Illinois, a Arkansas, Kansas y California casi desde principios del siglo XX.

Si esto es cierto, no sería una coincidencia que en la actualidad los purépechas tengan fama en los Estados Unidos por su tenacidad como wetbacks; han estado migrando hacia el norte, a Pensilvania e Illinois, a Arkansas, Kansas y California casi desde principios del siglo XX.



Así, para ser americano (en el norte y en el sur) hay que moverse. Para huir, para ir en pos de algo, siempre pa-
llegando, tratando siempre de regresar. Uno de los más im-
del pueblo mexicana (mejor conocido como azteca) es la histo-
abandonó su hogar original en busca del nuevo paraíso, Azt-
encontraron. Después de la conquista los españoles recogieron
leyendas de otros tantos paraísos, como las Siete Ciudades;
cuyas calles, se decía, estaban cubiertas de oro, y que se
alguna parte de lo que hoy es el suroeste del territorio. En
grandes expediciones españolas buscaron infructuosamente
encontraron, en cambio, importantes rutas que surcaban el



En nuestros días, para los descendientes de los me-
es California. Las Siete Ciudades de Cibola son lu-
Ángeles, Chicago, Houston, Nueva York, San Francisco
San Luis. El paraíso no se extingue fácilmente.

Lo irónico del debate sobre la migración en los Es-
es, por supuesto, que los "americanos", cuyos prop-
son una clásica historia de migrantes, son quienes
a los otros americanos, los mexicanos, que dejen de moverse.

No dejarán de moverse.